

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA  
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2008

## NÚMERO 131

## El literato insurgente desengañado, y arrepentido

## EL LITERATO INSURGENTE DESENGAÑADO, Y ARREPENTIDO

## NOTA

*No se citan todos los lugares de la sagrada escritura, pero se anotan con dos comas a la margen.*

## OTRA

*Las expresiones generales que se vierten en este papel, deben contraerse al número de insurgentes, compañeros del desengañado y arrepentido, que aquí habla.*

§ 1. Oíd cielos y tierra, atended gentes, escuchad todos, y sed testigos del olvido y desprecio con que me ha correspondido el pueblo de Israel: crié hijos, les ensalcé, y habiéndoles escogido para mi amada viña, más necios que el buey, y más estólidos que el jumento, que conocen a su bienhechor, me han pagado dice el Señor por su profeta Isaías, (*Isa. 1*) con abrojos, espinas, malezas y agraces de malas obras, cuando en justa retribución, esperaba frutos copiosos y sazonados de virtudes: mas ¿ay de ellos! porque si sordos a mis amorosos avisos, no desisten de su perverso modo de obrar, les castigaré como a gente pecadora, y como a hijos malvados, por exigirlo así los intereses de mi justicia, indignada contra ellos. Sí, amados compatriotas míos; estas mismas quejas y amenazas, repite el Señor contra nosotros, porque de pueblo sumiso, fiel y obediente, nos hemos convertido en pueblo de dura cerviz, exasperado y en juntas de ladrones, de asesinos, de protervos, de impíos y desobedientes.” En efecto: cuando debiéramos tributar obsequiosas y humildes gracias al cielo porque nos tenía dulcemente pacificados en ocasión que la tierra toda ardía

en sangrientas guerras; cuando debiéramos poner nuestras atenciones y esfuerzos en socorrer a nuestra afligida madre patria, para sacudir el más injusto y tirano yugo; cuando con el mayor empeño debiéramos sostener los religiosos sentimientos, que con tanto regocijo manifestamos, ya por públicas proclamas, ya honrándonos con la divisa y retrato de nuestro joven, adorado, y cautivo legítimo monarca FERNANDO VII, entonces... “¡qué horror! ¡se me hiel la sangre, se me conturban las entrañas, se me turba el corazón, falta la luz a mis ojos, desfallece mi espíritu, quedo enteramente destituido de fuerzas, sin poder articular palabra alguna que explique lo intenso de mi dolor y lo amargo de mi pena! Entonces, obcecados unos de nuestra malicia, y seducidos otros por aquel Satanás, que después de mil años de cárcel salió de la prisión para tentar a los hombres, (*Apoc.* 20) rompimos los lazos, sacudimos el yugo, quebrantamos el pacto, y olvidándonos de lo que debemos a Dios, a nosotros mismos, a nuestros próximos, a nuestra patria y a nuestro rey, dijimos altaneros y orgullosos, *no serviremos*, (*Jerem.* 2)” entonces abrazamos el más injusto, inhumano y cruel partido de la insurrección; “entonces nos dedicamos en ocupaciones pésimas, obrando por diversión la maldad, y corrimos presurosos y con algazara, tras el adultero y el ladrón; entonces en fin desterramos la Armenia y la paz que reinaba entre nosotros, y llevamos por todas partes las desavenencias y el desden” que es el carácter del reino de los condenados, como lo dice el santo Job. (10)

§ 2. Apenas dimos crédito al Antioco de nuestros días; apenas cooperamos a la más escandalosa conjura que el excusa Hidalgo suscitó entre los hijos de Judá y Jerusalén entre los españoles europeos, españoles, castas, y naturales americanos; (*Jer.* 11) cuando nuestro vasto, rico, y hasta el presente dichoso suelo, comenzó a ver cumplidas gran parte de las amenazas que el Señor fulmina contra todo pueblo prevaricador. “Vuestras tierras, dice, (*Isa.* 1.) serán desiertas, vuestras ciudades, reducidas a cenizas, y vuestras riquezas

robadas.” ¿Y qué otro fruto nos podíamos proveer del sacrílego atrevimiento de un sacerdote olvidado de su dignidad, y de sus más estrechas y sagradas obligaciones? Cuando sus manos debieran estar levantadas al cielo para pedir entre el vestíbulo y el altar por el perdón lo su pueblo; (Joel 2.) cuando debiera extenderlas para repartir el pan de la divina palabra, predicando el Evangelio, o santificando las almas con la gracia de los santos sacramentos, entonces como otro Elimas Mago, trata de seducir a los verdaderos creyentes, y abre puerta franca para que a cara descubierta se dejen ver aquellos hombres que vaticinó el apóstol a su discípulo Timoteo. En los últimos días, tiempos malos y peligrosos, se levantará le dice (1. *ad Tim.* 4. & 2. 3.) una chusma de hombres amadores de sí mismos, arrogantes presuntuosos, protervos, contumaces, desobedientes, avarientos, carnales, mentirosos, blasfemos, hipócritas, sin fe, herejes, hombres en fin sin movimiento de piedad ni religión, huye de ellos, y resístelos con las armas de la verdad, con la sana doctrina que según las tradiciones has recibido. Infelices y aun desgraciados de nosotros, si después de haber estado sumergidos en las funestas tinieblas del pecado, no despertamos de tan aletargado sueño; infelices de nosotros, vuelvo a repetir, si no tratamos seriamente de vivir unidos entre los lazos estrechos de la caridad fraterna, para resistir valerosamente a esa tropa de bandidos, valiéndose de las instrucciones que según la fe hemos recibido, y por nuestra religión hemos profesado. Si dejamos a Dios, fuente de agua viva, por beber de las cenagosas aguas de vicios que contenía en sí la cisterna disipada del corazón corrompido de nuestro caudillo Hidalgo, volvamos sobre nosotros, porque el Señor que hasta ahora se ha hecho disimulado para que hagamos penitencia, escribirá nuestros pecados en lámina de bronce, y con letras indelebles, si permanecemos en nuestro mal obrar; pidamos como Jeremías una fuente de agua para nuestra cabeza, y dos copiosos ríos de amargas lágrimas para nuestros ojos; o como David, pidamos alas de paloma para llorar día y noche en la

soledad las contradicciones, las injusticias, los robos, las usuras, los asesinatos y demás desórdenes, que con tanta desvergüenza hemos cometido, no sólo en los caminos, barrancas y emboscadas, sino también en las calles y plazas públicas de la ciudad. (*Jerem.* 9. 31. *Salm.* 54.)

§ 3. Procedamos de buena fe, y a no verificarse en nosotros aquella terrible maldición de Isaías: (13) “que oyendo no entendemos, y viviendo no queremos conocer;” si aún conservamos algunos sentimientos de religión, de razón natural y de humanidad, nos veremos obligados a desistir de nuestros locos y crueles devaneos; “en una palabra, para purgarnos del borrón más abominable, con que como otra ingrata Jerusalén nos hemos manchado, y nos veremos sujetos a los mayores y más ignominiosos trabajos” nada importa tanto como el que reflexionemos seriamente nuestra actual situación, con la de los pasados tiempos. Al mundo entero ha sido notoria nuestra fama, nuestro buen nombre, y el olor de nuestra piedad religiosa, nuestra atención, nuestro esmero, y aquella santa emulación, en que a competencia brillaban la preciosidad y celo en las funciones sagradas; nuestro entrañable amor para con los monarcas, celebrando las plausibles noticias de su salud e importantes vidas, con festivos y sonoros repiques de campanas, con misa solemne de acción de gracias, y con otras demostraciones, todas de júbilo y alegría; nuestra obediencia para con los excelentísimos señores virreyes; nuestra docilidad y sumisión para con los magistrados y demás superiores; nuestra veneración y respeto para con los ministros del divino culto; todo esto que ha sido en nosotros, como carácter que nos ha ennoblecido, sobre todas las naciones, ¿en qué estado lo vemos? ¿Y qué diré acerca de los singulares beneficios con que el Señor nos ha regalado, casi desde el mismo instante que desde el oriente de España vino a este reino la luz del evangelio, para sacarle de las densas tinieblas y crasas ignorancias del Egipto de la idolatría? Con benéfica y liberal mano nos concedió el

Señor por nuestra madre y especial protectora, a la reina de los ángeles, con el título de Guadalupeana, para que nos librase del ponzoñoso veneno de la herejía, y de los estragos que son inseparables de la guerra, como efectivamente lo hemos conseguido por el largo espacio de casi tres siglos; no pasemos en silencio la extensión y lo pingüe de nuestro país; la fertilidad de nuestras tierras, la abundancia de nuestras cosechas, la muchedumbre de todo género de ganados, lo rico de nuestras minas, lo precioso de nuestras alhajas, y lo floreciente del útil, noble y necesario ramo del comercio; ¿no es verdad que todo esto se halla en estado de suma decadencia? “Y sí según la expresión de los proverbios (22).” es de más estima el buen nombre, que todas las riquezas, viéndonos sin lo uno y sin lo otro “¿cuánto no hemos perdido, desde que amamos la vanidad y buscamos la mentira, haciéndonos *insurgentes*?” ¡Ah! “Después que hemos hecho sollozar con gemidos inenarrables a tantas personas honradas, después que hemos empobrecido a tantos, ¿nosotros mismos no nos hemos mutuamente quejado, viendo frustradas nuestras esperanzas? Qué de veces no hemos dicho ¿de qué nos ha servido la soberbia y la jactancia de enriquecernos? ¿De qué el haber andado por caminos pesados y difíciles con el descabellado proyecto de conseguir la independencia y libertad?” ¿De qué el haber llevado por todas partes el terror y el espanto, sin que estuviesen libres de los crueles estragos del infernal fuego de nuestra ira y envidia “los ungidos del Señor, los cristos y dioses de la tierra, ni los príncipes de la Iglesia los señores obispos, sin más motivo que oponerse a nuestro sanguinario y sedicioso partido?” “El haber, encontrado con la pobreza e ignorancia en lo mismo que nos prometíamos abundancia y gloria;” el carecer de las cosas de primera y mayor necesidad; y el habernos hecho objeto de irrisión y mofa en todas las conversaciones del día, aun en los países más remotos, ha sido todo el fruto de nuestra soñada y quimérica reconquista. (*Sap. 5.*)

§ 4. Cómplices de mis delitos ¿habéis reflexionado sobre este tan lamentable trastorno? ¿Habéis meditado los muchos y poderosos motivos que tenéis para declamar contra el autor de tantos males? “Yo desengañado ya de que el excusa Hidalgo, es uno de aquellos profetas que engañaban a los pueblos para que tributasen homenajes y adoraciones a los ídolos a pesar de los prodigios que veían obrar por los verdaderos profetas” aborrezco su partido, y os ruego que juntéis vuestros sentimientos con los míos; “no permanezcamos más en nuestra estulticia, porque no nos den en rostro con aquellas palabras de que usó el santo Elías para confusión de los que daban crédito a la mentira: (*¿usquequo claudicatis in duas partes? 3. Reg. 18.*)” Si no hay cosa que más deba amar el alma que la verdad, y os ha mostrado el Señor este precioso tesoro, ¿Por qué aún permanecéis vacilantes sobre el partido que debáis tomar? Desengañados a costa de tal caras experiencias, digamos: ¿Por qué, ¡oh excusa Hidalgo! nos sacaste de nuestros hogares, y nos privaste del reposo y dulce tranquilidad de que gozábamos? “¿Por qué como otro Acab nos turbaste y seducirte, apartándonos de la observancia de nuestra santa ley?” ¿Por qué como escorpión venenoso, emponzoñaste nuestros corazones con el decantado *viva* la fe, la religión, nuestra señora de Guadalupe, la América, Fernando, y muera el mal gobierno? “¿Dónde están aquellas ventajas que nos prometías, y a que nos hicimos acreedores, pues cumplimos fielmente tus órdenes y preceptos? ¿Dónde está el desempeño de aquella promesa que tan repetidas veces nos hiciste, asegurándonos, que nos librarías de las garras del león de España, que nos tenía esclavizados, y que nos sacarías de la helada de la pobreza? ¡Oh! Y cuan de lleno se ha verificado en nosotros, que por tratar con un hombre envidioso, con un hombre malo, hemos venido a caer en la voracidad del oso, en los rigores de la nieve, púese estamos colocados en aquella situación tan amarga, como la que experimentaban los cautivos de Babilonia, cuando sentados a las márgenes de los ríos, aumentaban sus corrientes con las

lágrimas que derramaban, tanto más sensibles, cuanto se acordaban de las dulzuras de la paz que habían disfrutado en Sion (Proverb. 23. 24. Amos 5. *Job* 6. *Salm.* 136.) Aquella abundancia, aquellas riquezas a que aspirábamos, volaron con alas de águila hasta el cielo, desaparecieron de nuestros ojos, sucediendo en su lugar los sustos, temores, sobresaltos, la desnudez, frío, calor, sed, hambre, orfandad, viudez, privación de nuestros hijos, hacerse éstos nuestros homicidas, y la desolación de nuestros campos; estos trabajos, y que no son sino indicio de los que nos esperan, si no desistimos, es el patrimonio que nos ha cabido en suerte, en pago de habernos embriagado con el ponzoñoso vino, que en el cáliz dorado con los deleites, nos presentó sacrílegamente nuestro gran caudillo.” No, no permita el cielo, que ya que tuvimos la desgracia de embriagarnos “con el vino de la ira y fornicación de la Babilonia de Hidalgo, hasta tributarle adoraciones, como a aquella bestia que dice San Juan, (*Apoc.* 18. 14)” nos mantengamos empeñados en sostener tan impío como escandaloso partido. “Temamos a Dios y al rey, nos dice el Espíritu Santo, (*Prov.* 24.) pero para esto huyamos de los malos y de los murmuradores, porque sólo tratan de robar y de mentir, y aunque por algún breve tiempo aparezcan tener esplendor y lucimiento, toda su gloria se apaga e impensada, y repentinamente les viene su perdición.” Estas verdades eternas, de que somos testigos de experiencia, como también los grandes y continuos prodigios que el Señor ha obrado a favor de los que defienden la causa más justa, más religiosa y más santa, nos deben obligar a reconocernos de nuestros pasados yerros, y a seguir con la mayor fidelidad el partido de las armas de nuestro jurado rey.

§ 5. En efecto, cuando traigo a mi memoria aquella innumerable chusma que el excusa Hidalgo presentó en el monte de las Cruces, en Aculco, en Guanajuato, en el puente de Calderón y en otros muchos parajes, no puedo menos de confesar que en estas ocasiones nos hizo ver el Señor “que no está la gloria de la victoria en la multitud ni robustez de los



combatientes, ni en lo lúcido y abundante de la caballería, ni en los grandes pertrechos de guerra, ni en las ventajosas posiciones;” testigos somos, de que concurriendo en favor nuestro todas estas circunstancias, fuimos ignominiosamente vencidos. “No hay para que amilanarnos, decía aquel famoso Judas Macabeo: el triunfo está de parte de los que defienden la causa de Dios, a quien le es muy fácil vencer con los pocos a los muchos; ellos vienen contra nosotros con una multitud de contumaces y soberbios, para perdernos a nosotros, a nuestras mujeres, a nuestros hijos, y para robarnos; no nos apartemos de la observancia de nuestras leyes, peleemos con valor, que el Señor los hará caer en nuestra presencia; y acabando este razonamiento, repentinamente cayó sobre Serón y su ejército, que dispersó enteramente. (1. *Mac.* 3.) No fue hemos gloriosa la victoria que Gedeon consiguió contra los Madianitas; eran éstos innumerables, pues la infantería, era como una inmensa multitud de langosta, y sus camellos se comparaban con las arenas del mar, y sin embargo, el fuertísimo entre los hombres Gedeon les derrotó con solo trescientos, hizo prisioneros, y quitó la vida a los generales Cebé y Salmada. (*Judic.* 6. 7. 8.) Sí, el famoso Macabeo Trujillo con un limitado número de soldados, hizo frente al Apolunio, al Gorgías, al Licias, y al Timoteo de Hidalgo, Allende, Aldama y Abasolo” dejando el campo sembrado de cadáveres, y el resto del ejército puesto en confusión y desorden; “y el religioso y fuerte Gedeon Calleja, triunfó en Aculco, Guanajuato y puente de Calderón, no contra sesenta mil infantes y cinco mil de a caballo cogiéndoles todo el botín, como Judas lo hizo contra el general Lisias (1. *Mach.* 7.) y Nicanor” sino contra cien mil, sin que quedase uno solo que no sufriese la muerte, la prisión, o el ponerse en precipitada y vergonzosa fuga. Fuera prolongarme demasiado si particularizara, el celo, el valor y pericia militar, que sin cesar han acreditado los Simones, los Jonataces, los Juanes de los bizarros jefes de las armas del rey; más esta simple, verídica y breve narración, es suficiente para

que veamos nuestros descabellados proyectos, pues por nuestros propios ojos hemos visto la justicia que asiste a las armas del rey” que así han sido protegidas del Omnipotente y poderoso en las batallas. (*Salm. 32. Isaí. 47.*)

§ 6. No quisiera que quedase entre nosotros ni la más leve chispa del infernal fuego de tan escandalosa revolución, y para esto ¿qué medio puede haber más eficaz, que añadir a lo dicho el deplorable estado y total decadencia del ejército de nuestros madianitas? Preguntamos al blasfemo Nicanor, e inhumano sacerdote Alcito, a la excelencia, a la alteza, a nuestro generalísimo Hidalgo, a sus tenientes, capitanes generales, mariscales, brigadieres, coroneles... a los Allendes, Abasolos, Aldamas, Zapatas, Mercados, Morelos etcétera, etcétera ¿cuánto han progresado en sus expediciones militares? ¿Qué efecto han surtido aquellas expresiones arrogantes, que con tono y aire de majestad le oímos tantas veces al excusa Hidalgo; “yo soy, no hay quien me resista, no hay para que temer” vamos sin peligro a almorzar al puente de Calderón, a comer a Querétaro, a cenar y dormir a nuestra corte y capital de México? El efecto que ha surtido su luciferina soberbia, es “que en justo castigo de haber puesto sus esperanzas en la mentira” Hidalgo, sus edecanes, y cuantos lo han seguido (gracias a Dios que no permanecí en su compañía) se ven ignominiosamente burlados. Caímos dicen en lo secreto de su corazón, caímos; como aquella grande y soberbia Babilonia cayó en tierra, fueron despedazados nuestros ídolos, sentados nos vemos en el polvo de nuestras miserias; descubiertos están nuestros bajos y viles pensamientos, caímos en prisión, sin que nos puedan librar los que fueron compañeros en nuestros más criminales delitos: todas nuestras fuerzas fueron desechas, como lo fue el ejército de Sennacherib, y en castigo de que nos hicimos asilo y habitación de demonios, y acogida de todo espíritu inmundo, esto es, de todo hombre malvado, nos hallamos en prisión, nos hallamos en tierra amena, y habiéndose apartado el sueño de nuestros ojos,

roídas nuestras entrañas, y reducidos nuestros huesos a ceniza con la negra pasión de la intensa tristeza, nos vemos en los umbrales de la muerte. (Isa. 28. Jer. 8. 51. Apoc. 14. 18. 4. Reg. 19. 1. Mach. 6.)” Este es el patrimonio que nos ha tocado en suerte; este es el premio y la recompensa de los nuevos reconquistadores; cuyas más generosas hazañas, fueron huir cobardemente en los combates, derramar la sangre de los inocentes e indefensos, y como nube de granizo, o una innumerable multitud de langostas, devorarlo todo, robarlo todo, talarlo todo; “y si a vista de estos prácticos desengaños no queréis dar crédito a la verdad, y vendéis la verdadera sabiduría por el vil interés de correr por los caminos que conducen al precipicio, estad ciertos, que os esperan muy de cerca otros mayores trabajos. (Prov. 14. 23. Judic. 6.) Si los pecados de Israel fueron la causa para que el Señor les entregase por siete años al tirano dominio de los madianitas; si los grandes beneficios que el Señor hizo a Jerusalén, porque correspondió ingrata, redundaron en que se hiciesen más sangrientas las hostilidades, en que se aumentase el hambre, la peste, la mortandad, y el que cargase el tirano e insoportable yugo de un Antioco, de un Acab, de un Roboan, (1. Mach. 1. Isa. 19. Jerem. 25. Tren. 1. 6. 3. Reg. 12.)” ¿por qué no debemos temer esto mismo, si obstinados como ellos, no dejamos el partido de los vicios? “Aborrezcamos, pues, con odio perfecto, al que con odio inicuo ha aborrecido a tantos, y nos ha causado a nosotros tantos males. (Salm. 24 .138.)”

Escribiendo el apóstol a los romanos, les dice “cuanto está escrito en las divinas letras, es para nuestra instrucción y enseñanza, y pues el Espíritu Santo, dice, (Prov. 24.) que el que llama justo al impío, se atrae la maldición del pueblo, y que quien reprueba y manifiesta sus malos hechos, será alabado y bendecido” yo sin otro motivo, ni más fin, que por caridad, bien de mis prójimos y gloria de Dios, quiero presentar al público, una breve, pero cabal idea, del carácter de nuestro gran reconquistador, sacrílego escándalo del

sacerdocio, y feo borrón de nuestro reino. Estoy cierto que en manifestar con sencillez lo que es el excusa Hidalgo, comprobándolo con sus hechos, y con los fatales efectos que se están tocando, no faltaré en un ápice, ni a los estrechos deberes de la caridad, ni al respeto que es debido al sacerdocio. Para condenar a un perpetuo silencio a los necios, a los ignorantes y a los demasiadamente maliciosos, que con pretexto de piedad mal entendida, o mejor diré. porque apoyan su libertinaje, dicen no se puede hablar contra el malévolo Hidalgo, parques señor sacerdote, escuchen lo que está escrito con el dedo de Dios vivo: el Espíritu Santo nos dice “que el hombre es conocido por sus obras y doctrinas, así como lo es el árbol por su fruto; (*Prov. 12. Matth. .*) y el apóstol escribiendo a su discípulo Timoteo, (*1. cap. 5.*) le encarga que no admita con facilidad la acusación contra el presbítero, a quien viviendo según su estado, esto es, sin mancha, y como que de sus manos penden las almas de los pueblos, es debido doblado honor; pero si públicamente y olvidadas de sus obligaciones, pecaren, reprehéndelos públicamente, porque así teman los demás, según expone el doctor Angélico. Esta doctrina la práctica el evangelista San Juan, pues a Judas, que era no sólo sacerdote, sino también obispo, le llama ladrón, hombre poseído del demonio, y el mismo Jesucristo en presencia de todos sus apóstoles, dijo: uno de vosotros es diablo; a San Pedro, porque se dejó llevar de la compasión natural, y dijo a su divino maestro no fuese a Jerusalén, pues trataban de crucificarle, como olvidado el Señor de su afabilidad y dulzura, le respondió con estas palabras: apártate de mí Satanás, pues me has escandalizado, eres un recio ignorante, pues no sabes las obras del Señor tu Dios. (*Joan. 6. 12. 13. Actor. 1. Matth. 16.*) Si alguno, aunque sea vuestro hermano, dice el apóstol a los de Roma, (*15.*) es fornicador, avariento, ebrio, ladrón o maldiciente, ni os sentéis con él a la mesa, ni le deis entrada en vuestra casa, dice San Juan, huid de él, ni le saludéis, porque no os hagáis participantes de sus más malignos procederés;” en una palabra, así como nos está

recomendado el respeto al sacerdote, también se nos hacen patentes en infinitos lugares de la escritura sus embriagueces, sus dolos, sus hipocresías, sus avaricias y otros vicios, para que no seamos seducidos, como lo vemos en Isaías, Jeremías, Ezequiel, en los Macabeos y cuatro evangelistas; con tan sólidos fundamentos, siendo por otra parte tan notorios como públicos, los escándalos y fatales efectos que se han seguido desde que el excruciante Hidalgo turbó a este reino, digo...

§ 8. Que en él se hallan todas las malas cualidades de los hombres más perversos; él es un hombre de entendimiento protervo, de voluntad corrompida, de conciencia cauterizada con el fuego de sus pasiones, y de una malévola alma: “en él hallamos las propiedades de los falsos, insipientes y mentirosos profetas, la voracidad del lobo, la refinada malicia de seductor y anticristo; la astucia de Jezabel, lo sacrílego de Antioco, la hipocresía de Judas, la impiedad y dolo del sacerdote Alcimo, que en un solo día degolló sesenta, la ferocidad de aquel león que aprendido a hacer presas y a devorar hombres, la soberbia de un Nabuco, la crueldad de un Herodes, la envidia de un Caín, las inmundicias de un Manases, la temeridad de un Acab, la lascivia de un Holofernes, la obstinación de un Pharaon, la arrogancia de un Goliat, las blasfemias de los soldados de Sennacherib; él es, no sólo aquella bestia de siete cabezas, pues está dominado de los pecados o siete vicios capitales, sino que es aquel dragón que vomitó un caudaloso, pero ponzoñoso río de blasfemias, contra el excelso y terrible nombre de Dios, contra sus ángeles y santos; en una palabra, él es ebrio, torpe, avariento, mentiroso, confiado en sus fuerzas, como aquellos sacerdotes de quienes nos hacen mención los profetas Isaías, Jeremías y Ezequiel. Obcecado y desvanecido con los humos de su ciencia y con la vanidad de sus pensamientos, nos aparentaba celo, religión, virtud y razón en cuanto hacía; pero el Señor que no admite los sacrificios que le ofrecen las manos llenas de sangre, le da en rostro

como a los judíos, diciéndole: ¿cómo ¡oh mal sacerdote apóstata y blasfemo! tienes osadía para hacerme servir a tus maldades y pecados, con ese tan decantado viva la fe, la religión, Nuestra Señora de Guadalupe?” ¿Por qué así has embriagado no sólo al rebaño que confié a tu cargo sino también a otros muchos, hasta recibir adoraciones y oír con alegría: “quien hay semejante a la bestia de diez cuernos de Hidalgo, ni quien podrá resistirlo ni pelear contra él? Juntos los apóstoles, les concedió el Señor, dice San Lucas, virtud y potestad sobre los demonios y enfermedades, y habilidades con esta gracia, les envió pobres y descalzos por todas las partes del mundo, para que predicaran el reino de Dios y sanaran a los enfermos; pera nuestro generalísimo de farsa, como seductor y anticristo, ha entregado a los fieles flacos y enfermos en poder de los demonios, y en las garras de la muerte del pecado, predicándoles el reino del príncipe de las tinieblas Belzebub. “Por más que el Evangelio nos mande, no sólo perdonar, sino también amar a nuestros enemigos, pues de la observancia de este precepto pende toda nuestra santísima ley” (Matth. 5. 22.) el excusa Hidalgo predica y autoriza el odio, el rencor, la venganza, el hurto, la pues de la observancia de este precepto pende toda nuestra santísima ley persecución, las prisiones, la cárceles, los asesinatos y las más inhumanas muertes, como medios indispensables, nos decía, para conseguir nuestra independencia.

§ 9. Como sea verdad que es el infinito número de los necios, siempre el vicio ha tenido muchos seguidores. Dígalo si no, el Nerón de nuestro reino, que desde que aplicó el fuego de la rebelión con tan sacrílega mano, sedujo a los pueblos, asegurando los haría felices, y que cooperaran con ánimo y valentía añadiendo que las tropas del rey lo llevaban todo a fuego y sangre) a conseguir sus proyectos. Pero ¡o juicios del Altísimo! así como el excusa Hidalgo se mereció por medio de su hipocresía, el qué se dijese de él, lo que dijeron los hijos de Israel de Alcito... “este hombre nos habla de paz, nos asegura que no nos

causará vejaciones, en fin, él es sacerdote y no nos engañará, pero faltó a su palabra, con lo que se atraso la indignación de los que lo habían dado crédito” así se ha hecho el excusa Hidalgo objeto de indignación, de mofa, de desprecio y de ira, no sólo de los sensatos, sino también de muchos de los que nos asociamos con él. “No nos alucinemos, salgamos de entre los corrillos de tantos malignantes, y de la Babilonia grande y soberbia de nuestro caudillo, si pretendemos salvar nuestras almas. Si con tanta facilidad nos debemos arrastrar de la cola de la soberbia y ambición del ángel apóstata Hidalgo para seguirle en lo malo, ¿por qué no hemos de estar prontos a escuchar y seguir las voces de la verdad y los caminos de la justicia, pues tenemos ya tantos y tan costosos desengaños?” “La orfandad, la viudez, la enemistad entre los que eran amigos, el atrevimiento del joven contra el anciano, la desobediencia de los hijos para con los padres, de los súbditos para con los superiores; en una palabra, habernos atraído tantos males como los que experimentó Jerusalén, cuando dijo; que no tenía palabras para explicarlos; (*erat ergo videre miseriam. 2. Mach. 6.*) no será suficiente motivo para que huyamos de los que haciendo oficios de demonios siembran en la heredad santa de la Iglesia, la cizaña de las rivalidades y divisiones, que infaliblemente causan la desolación del reino?, (*Matth. 12.*) No seamos como los obstinados judíos, que aunque eran testigos de los prodigios que el Señor obraba, sanando enfermos, expeliendo los espíritus inmundos, y perdonando pecados, lejos de seguir su doctrina, llenos de ira le perseguían y blasfemaban de él, y arrojaban de la ciudad. Convirtámonos a nuestro Dios, sin que nuestros grandes pecados, y el haber obrado tan neciamente, puedan impedirnos tan santa resolución, porque escrito está, que adonde abundé el delito, allí sobreabundó la gracia y misericordia. (*Jerem. 3. 2. Reg. 24. Roman. 5.*) No está abreviada la mano del Señor ni sus oídos cerrados, antes bien a extendido la red de su piedad sobre nuestros pies, para que volvamos atrás y no oigamos los derrumbaderos

que nos conducían al precipicio; (*Isa. 59.*) no desesperemos como Caín, andemos por los caminos de nuestra santa ley, y entonces seremos verdaderos hijos de Dios, y este Señor sobre ser nuestro padre y nuestra heredad, nos colmará de bienes, descansaremos sin susto, cesará la guerra, no habrá más efusión de sangre, serán vencidos los que se declaren nuestros adversarios; entraremos en posesión pacífica de nuestros bienes, no seremos poseídos de aquel tan extraordinario pavor, que nos causaba el sutil ruido de las hojas de los árboles, y en fin, recuperaremos nuestro buen nombre y cesaran de hablar de nosotros, llagándonos perjuros, alucinados, sacrílegos, crueles, inhumanos y otros apodos semejantes; pero si aún gloriándonos de que somos cristianos, y que andamos por los caminos del Señor; que blasfemia, robar, matar, odios, rencores... y creer que no vamos contra la religión, ¡quién jamás vio tan diabólica ilusión y tan perjudicial engaño no abrazamos el partido de la justa causa, el mismo Señor nos dice, que nos castigará siete veces más, hambre, plagas, pestes, muertes y declararse contra nosotros todo el furor divino, es la parte que nos tocará, si ahora que nos convida el Señor con la paz y misericordia, nos hacemos sordos. (*Lev. 26.*)

Los castigos que hemos experimentado, y los que nos amenazan tan de cerca, por haber pretendido sacudir un yugo suave “y sujetarnos a un gobierno que nos trataría como fueron tratados los que nos dicen los libros de los Reyes y el Paralipomenon, (1. *R. 8. 3. 12. 2. Par. 10.*) nos deben servir de escarmiento y de una total mudanza, para que nos portemos como aquellos que dice Jeremías, (42.) que conocidos de sus yerros, se les presentaron todos para que les alcanzase el perdón, protestando con simplicidad no apartarse de lo que se les ordenara. Vivamos según el espíritu de paz que nos dio a entender el patriarca Abrahan, cuando dijo a Lot: toda esta tierra es nuestra, divídela en dos partes, escoge el la que quieras, que yo soy contento con la que me dejes; somos mermarnos, y no



es justo haya pleito entre los dos, ni entre tus pastores y los míos. (*Gen.* 13.) Con esta santa resolución, cesarán las lágrimas, los dolores, los sustos y las muertes; renacerán nuestras antiguas alegrías, y poseeremos aquel gran fruto del Espíritu Santo que el Señor dejó en patrimonio a los apóstoles, y en sus personas a todos sus fieles hijos, que es la paz; (*Joan* 14. *ad Galat.* 5) “rebotarán nuestros corazones, como en un inmenso piélago de dulzuras” si teniendo presente que somos todos unos por una fe, por un bautismo, por un padre de todos, que es Dios, y por un gobierno, vivimos en unión; temamos a Dios, y al rey, démosles lo que es debido, digamos mueran los insurgentes, sean disipados los que no admiten la paz: viva nuestro jurado rey FERNANDO VII, viva nuestro excelentísimo señor virrey, que con tanto celo, con tantos trabajos “se ha sacrificado a sostener como otro religioso y venerable Matías, los intereses de la religión, de la patria, del rey y los de cada uno de nosotros en particular.”

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Gisela Moncada González  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602